

# Reflexiones



Por Partiquino

N.º Junio, 1979



## Artistas científicos

SIEMPRE me ha resultado extraña la tajante división que la gente suele hacer de artistas y científicos, como si ambos pertenecieran a especies diferentes e irreconciliables entre sí. Basta que un niño muestre aptitudes e interés por los ramos científicos para que, de inmediato, se le suponga negado para las actividades propias del arte y si por el contrario, se detecta una vocación de artista, se da por sentado que el joven a duras penas llegará a captar que dos más dos son cuatro.

A mi juicio, tal dicotomía no existe. Y, por cierto, me estoy refiriendo al verdadero artista y al verdadero científico y no a la caricatura de unos y otros que suele pulular tanto en los laboratorios como en los ateliers.

La característica que les es común y que hermana a científicos y artistas es la capacidad creadora que, a su vez, presupone una imaginación sobresaliente. Haciendo uso de elementos diferentes, ambas clases de personas son capaces de insertar en el mundo algo nuevo, diferente y significativo, y si bien el producto final tiene una utilización y un valor distintos, el proceso por el que han llegado a su creación es el mismo, con su misma misteriosa intangibilidad. Pregunten Uds. a un científico cuál es el proceso que él sigue para transmutar una serie de conocimientos y datos en una nueva teoría o en un extraordinario invento y verán retratada en su rostro la perplejidad. La misma que cuando es consultado un artista sobre su personalísimo proceso creador.

La reputación que tienen los científicos como participantes de la vida social es pésima. Se les suele describir como seres distraídos, incapaces de comunicarse con sus semejantes y con la mente ocupada por obtusas incubraciones; en cambio, se supone que el artista es un hombre brillante, comunicativo y de una gran receptividad respecto a quienes lo rodean. La experiencia de haber convivido con unos y con otros me indica, sin embargo, que socialmente científicos y artistas son igualmente "fomes". Es tan absorbente la actividad creadora de unos y otros que, normal-

mente, son personas con un solo tema, una sola preocupación y un solo interés. Pero el hecho de que ellos sean "fomes" para los demás no significa en modo alguno que lo sean en sí. Nada hay más entretenido, más apasionante, más absorbente y que produzca una mayor satisfacción íntima que la actividad creadora, sea ésta científica o artística.

La presunta división entre científicos y artistas es desmentida continuamente por las relaciones de amistad que se suelen producir entre ellos cuando se reconocen como trabajadores que usan la misma herramienta de la imaginación. No son escasos los ejemplos en que en una misma persona se desarrollan el espíritu científico y el artístico en alto grado. Leonardo da Vinci es el nombre más representativo en esta dualidad, y, en nuestro tiempo, entre los muchos nombres que se pueden citar, está el del novelista argentino Ernesto Sábato, quien fue un prominente físico hasta que desembocó su talento en la creación literaria. Isaac Asimov, a quien se considera con razón el más notable novelista de ciencia-ficción, ha logrado, al dedicarse a tan específico género literario, reunir en una sola actividad sus dotes de científico y de artista.

En el principio de los principios, la Biblia nos narra que se produjo en el cielo una rebelión de ángeles capitaneados por Lucifer. Este pretendía tener el mismo poder creador de Dios. Su orgullo fue castigado en la forma que todos sabemos, pero ha subsistido en el mundo el deseo de emular al Todopoderoso y, desde la condición humana, alcanzar parte de la divina alegría de la creación.

¿Y qué era el Creador del Cielo y de la Tierra? ¿Un científico o un artista?

Observando la parte que se nos ha revelado de su creación —la Tierra—, tenemos que convenir que es lo uno y lo otro.

¿Por qué, entonces, insistir en esa tajante división si se nos ha revelado que los hombres fuimos hechos a su imagen y semejanza?